

podido ver y cae: Arnet se detiene para ayudarlo á levantarse, miéntras Legris, guarda de las imposiciones reales, se adelanta para reemplazarlo junto á de Launey; pero no obstante la prontitud de sus movimientos, los de los acometedores lo habian sido mas aún. El gobernador se vió en un instante en medio de un grupo de furiosos.

—Matadme! matadme!—esclama,—y no me hagais sufrir!

No habia acabado aún estas palabras, cuando cayó atravesado de varias estocadas; y en ménos tiempo del que se necesita para decirlo, apareció su cabeza en la punta de una pica, en medio del gentío. La misma suerte corrió el mayor Delosme, á quien en vano intentó salvar el marques de Pelleport, prisionero suyo en otro tiempo, y su amigo hoy.

—Amigos,—gritaba,—este no es un hombre sin entrañas, un vil seide del poder: es un hombre de bien que me ha consolado cuando estaba yo preso en la Bastilla.

Pero la voz de aquel hombre de bien se pierde en el tumulto: un hachazo destinado al mayor lo hiere en el hombro: socórrelo uno de sus amigos, el caballero Jean que lo acompañaba: ambos se defienden vigorosamente; pero ya la cabeza de Delosme estaba como la del gobernador, en la punta de una pica, y pocos segundos despues los dos defensores de ese desgraciado eran empujados moribundos contra las paredes del palacio municipal.

La junta electoral seguía reunida, y como no podía deliberar por el ruido de los clamores de la muchedumbre que había invadido la sala principal, los miembros se habian retirado á otra pieza, y no se habia necesitado mas para despertar en el ánimo del pueblo sospechas de traicion. El prevoste Flesselles, que continuaba presidiendo la junta, era acusado públicamente de haberse entendido con los enemigos del pueblo para ponerlo en la imposibilidad de defenderse. Advertido de lo que pasa, de las amenazas de que es objeto, vuelve la junta á la sala principal; pero al verla el tumulto aumenta, los gritos se vuelven mas amenazadores. El marques de Lassalle, nombrado ó mas bien improvisado comandante de la guardia ciudadana, temiendo alguna catástrofe, esclama dirigiéndose al pueblo.

—Amigos míos, qué estamos haciendo aquí? Se asesina á nuestros hermanos: volemos á defenderlos!

Sus palabras arrastran á todos los hombres del pueblo, que armados ó sin armas, siguieron en tropel al marques. Apénas llegan á la puerta, cuando encuentran á las guardias francesas, que llevaban presos á los inválidos y á los suizos. Prorúmpese en gritos de muerte contra los últimos; pero Lassalle enseña por encima de su cabeza las llaves de la Bastilla, que acaban de entregarle, gritando:

—Victoria! está tomada la Bastilla!.....

Estos gritos, repetidos por el gentío, lo entretienen momentáneamente. Lassa-

lle va á poner en la mesa las llaves del castillo: siguelo un gran número de combatientes que colocan allí sucesivamente la bajilla de plata encontrada en la fortaleza, los registros de la escribanía, alhajas, el reloj y las hevillas del gobernador, un cuadro que representaba á San Pedro Advíncula, y que se habia quitado de arriba del altar mayor de la capilla, y un sinnúmero de otros objetos. Un llavero, mezclado al pueblo, fué á su vez á depositar una suma de cinco mil quinientas cuatro libras, que en el momento del ataque le habia confiado el gobernador.

A poco llega Elie, llevado en triunfo por el pueblo. Se le coloca en frente de la mesa, y los objetos preciosos que acaban de llevar los vencedores, le son ofrecidos en nombre del pueblo. El valiente oficial los rehusa con altivez.

—No soy mas que un oficial aventurero,—dijo,—y me basta el honor de servir á mi país.

Estas palabras vuelven á fijar la atencion del pueblo en Flesselles, que continuaba ocupando el sillón de presidente. Dirígensele de nuevo violentas reconvencciones, él se para entónces y dice:

—Puesto que se sospecha de mis intenciones, aunque nunca han dejado de ser puras, nada tengo ya que hacer aquí, y me retiro.

Los miembros de la mesa le manifiestan que su retirada no servirá mas que para agravar el peligro, y que el honor le manda justificarse al punto de los cargos que se le hacen.

—Señor,—le dijo un elector llamado de la Poize,—espero que ántes de retiraros, daréis las llaves del almacén en que están los fusiles y los cañones de la ciudad, que hasta aquí se os han pedido inútilmente.

Flesselles saca entónces de la bolsa las llaves y las pone sobre la mesa. La indignacion aumenta y se escuchan los gritos de *muera el traidor!*

—Preciso es que seais juzgado,—dice uno de los vencedores.—Llevémoslo á las prisiones del Chatelet.

—Que se le juzgue en el acto,—grita el pueblo.

—No,—replica uno de los combatientes ménos animados,—llevémoslo al Palacio Real, y que lo juzguen los patriotas ilustrados de esa reunion.

Esta opinion es la que predomina. Flesselles, pálido, desfigurado, casi agonizante, balbute unas cuantas palabras ininteligibles. Sácanlo de las casas de cabildo en medio de una escolta numerosa, con la que atraviesa la plaza de Grève. Algo se habia tranquilizado ya, cuando un hombre, apartando cuanto se opone á su tránsito, llega hasta él, le levanta la tapa de los sesos de un pistoletazo á quemarropa, se mete entre la gente y desaparece.

Veamos ahora lo que pasaba en la Bastilla, invadida por un gentío inmenso. Todo se habia saqueado allí. Cada cual queria llevar algun trofeo en recuerdo de aquel día memorable; pero ya hemos visto ántes que no eran el cebo del botín ni la avidéz los móviles de tales actos, puesto que todos los objetos preciosos se lle-

varon á la mesa de la junta. Se rompian los muebles, se despedazaban las alfombras y las cortinas: se cogian las armas, los instrumentos de tortura, las cadenas, los collares de hierro. De repente se oyó un grito generoso:

—Libertemos á los presos.

Búscase á los llaveros, pero habian desaparecido. Por fortuna no faltan hachas ni escoplos, con que se hacen saltar cerraduras y cerrojos. Arráncanse las verjas, échanse las puertas abajo... Qué ha sido de los desgraciados cautivos?... Explorados ya casi todos los cuartos de las torres, se les ha encontrado vacíos! En fin, en el tercer piso de la torre del Condado, se encuentra á un viejo que ve á sus libertadores con ojos de asombro. A las preguntas que se le hacen, contesta en términos ininteligibles: se le anuncia que está libre, y no parece comprender. Aquel infeliz se llamaba Tavernier: habia tenido la desgracia de desagradar á la marquesa de Pompadour, crimen que habia expiado con CUARENTA AÑOS de encierro, y llevaba diez de haberse vuelto loco. Pocos dias ántes del 14 de Julio, el gobernador lo habia hecho trasladar de la torre de la Bazinière en la que habia pasado treinta años, á la del Condado para que se abrieran troneras en la pared del aposento que por tanto tiempo habia ocupado.

No pudiendo obtener informes del pobre demente, se continúan rompiendo las cerraduras y tirando las puertas, si bien no hubo necesidad de tomarse este trabajo cuando se llegó á la torre de la Bertaudière, pues el llavero Guyon, encargado de servirla, habia abierto las puertas á los dos presos que habia en ella, de Wythe y el conde de Solages, y habia permanecido junto al último implorando su proteccion. Contento el pueblo con libertar á esas dos nuevas víctimas, los sacó en triunfo, sin acordarse del carcelero, que dejó libre. Por desgracia uno de los dos cautivos, de Wythe, no podia sentir el menor júbilo al saber que cesaba su encarcelamiento, pues lo mismo que Tavernier, habia perdido el juicio. No se pudo averiguar de qué familia era, ni la causa de su detencion, ni la época á que remontaba; pero era ya viejo, y las personas de que hablaba en sus divagaciones, habian desaparecido hacia mas de veinte años de la escena del mundo. ¡Cuántos no habria pasado debajo de aquellas bóvedas sombrías!...

En cuanto al conde de Solages, era una víctima del poder paterno, tan respetable cuando se ejerce dentro de límites racionales, como detestable cuando sale de ellos. Su padre lo habia hecho encerrar en la Bastilla en 1782, so pretexto de disipacion. Ese padre llevaba ya dos años de muerto, y como el hijo, dotado de excelente carácter, nunca habia reclamado contra la voluntad del autor de sus dias, de Launey á pesar de haber recibido la orden de ponerlo en libertad, lo habia retenido para aumentar sus rentas.

Otros cuatro presos se encontraron en las demas torres, á saber: Pajade, en el tercer piso de la torre Bazinière; la Roche, en el cuarto piso de la misma; la Caurège, en el primer piso de la torre del Pozo; y Bechade, en el primer piso de

la torre de la Esquina. Los cuatro estaban acusados de haber fabricado letras de cambio falsas; pero se podrá juzgar de la verdad de la acusacion, cuando se sepa que contaban mas de dos años de presos, sin que se hubiera tomado aún declaracion á ninguno. Habia en el hecho de su detencion algo mas monstruoso todavía, y era que el principal delincuente en el negocio, llamado Labarte, de quien los otros cuatro no eran mas que cómplices, habia sido puesto en libertad por orden de los delegados que habia nombrado el rey para formar la causa. Resultó de ahí la doble anomalía de que el principal acusado estuviera libre, mientras los ménos comprometidos estaban bajo cerrojos, y de que cuando los interesados quisieron que volvieran á ser aprehendidos los cuatro cautivos que el pueblo habia libertado, no pudieron conseguirlo, por la sencilla razon de que los delegados nombrados se rehusaron á mandarlo.

Tal era la justicia de la época! Un caos, un laberinto sin salida, en que los débiles eran sacrificados sin cesar á los fuertes.

En las casas consistoriales se tenia que fallar acerca de la suerte de la guarnicion de la Bastilla, es decir, de los inválidos y de los suizos hechos prisioneros. El pueblo, despues de saber la muerte de Flesselles, habia dirigido toda su cólera contra aquellos hombres, y pedia su muerte; pero el intrépido Elie estaba allí aún, y habia resuelto salvarlos.

—Amigos míos,—dijo,—me habeis ofrecido en recompensa oro, los despojos del enemigo: yo he rehusado eso como debia hacerlo; pero no os he perdonado la deuda.

—Hablad, hablad! qué quereis?—gritan voces confusas.

—Quiero,—responde Elie con voz sonora,—la vida y la libertad de estos infelices que hemos vencido: quiero que me deis los inválidos y los suizos.

Clamores inmensos cubrieron su voz; pero él no se dejó intimidar, y agregó con voz estentórea:

—Quereis matarlos, y qué haréis despues con ellos? Yo quiero que vivan: yo quiero que gocen de los beneficios de la libertad, y que nuestra conducta con ellos les haga arrepentirse enteramente de haber servido á nuestros enemigos.

La voz de Hoche se une á la de Elie.

—Se trata de hombres de bien extraviados,—dijo el jóven héroe,—que van á prestar juramento de defender la libertad hasta su último suspiro, y nadie tiene derecho de escigirles mas.

Estas palabras son una sentencia, á la que los prisioneros se apresuran á someterse: prestan juramento á la libertad y así se salvan.

La Bastilla es ya del pueblo sin remedio: el pueblo es dueño de Paris; pero la victoria no valia nada, si no se sabia aprovecharla. Felizmente las guardias francesas habian pensado en ello, y al mando del caballero de Laizer, uno de sus oficiales, habian contenido el incendio y salvado las pólvoras, y dormian en el campo de batalla como soldados experimentados.

Tomada la Bastilla, es preciso arrasarla! Tal es el grito general; y ese grito se mezcla al nombre de un ciudadano llamado Palloy, albañil que se ha distinguido entre los combatientes.

—Ya que nos ha ayudado á tomarla, que la demuela!—gritan por todas partes.

La demolicion comenzó en la misma noche; pero como miéntras caían aquellas altas paredes, era necesario custodiarlas, así se verificó; y en tanto que rondaban patrullas de la guardia ciudadana, en la noche del 14 al 15, los electores buscaban un nuevo gobernador para la fortaleza. Elie fué el primero que se nombró, pero renunció ese honor.

—Acaso estaria bien colocado á la cabeza de un regimiento,—dijo con admirable lealtad,—mas la defensa de una fortaleza ecsige conocimientos de que carezco.

Un oficial distinguido, llamado Soules, estaba presente: se le ofreció aquel mando, y aceptó. Eran entónces las once de la noche: dos horas despues estaba el nuevo comandante en el ejercicio de sus funciones; precisamente era el momento en que la noticia de la toma de la Bastilla llegaba á Versalles.

—Quiere decir que es una revuelta!—esclamó el rey.

—Es mas que eso, señor,—respondió el duque de Liancourt;—es una revolucion!

El 15 fué el rey sin fausto á la asamblea nacional, acompañado de solo sus hermanos.

«Señores,» dijo á los diputados, «os he reunido para consultaros sobre los negocios mas importantes del Estado, y ninguno hay mas urgente, ni que afecte mas dolorosamente mi corazon, que los desórdenes espantosos que afligen á la capital. El gefe de la nacion viene con confianza al seno de sus representantes, á manifestarles su pena, y á invitarlos á adoptar las medidas capaces de restablecer el órden y la tranquilidad. Sé que se han infundido injustas prevenciones: sé que ha habido atrevimiento para publicar que vuestras personas corrian peligro. ¿Será necesario desvanecer rumores tan culpables, desmentidos de antemano por mi carácter bien conocido? Pues bien, yo que no soy mas que uno con mi nacion, yo soy quien confio en vosotros. Ayudadme en estas críticas circunstancias á salvar al Estado; así lo espero de la asamblea nacional. El celo de los representantes de mi pueblo reunidos para el bien procomunal, me da plena garantía de que será así; y contando con el amor y fidelidad de mis súbditos, he dado órdenes á las tropas para que se alijen de Paris y de Versalles. Os autorizo y hasta os invito á que hagais conocer mis disposiciones á la capital.»

Estas palabras son recibidas con gritos de júbilo: todo ha acabado: la paz está celebrada. Sin embargo, la junta electoral, ignorando lo que pasaba en Versalles, continuaba tomando medidas de seguridad. Las poblaciones mas cercanas á Paris estaban invadidas por tropas de todas armas; un ataque parecia in-

minente, y los parisienses estaban resueltos á defenderse por todos los medios posibles. Un elector propone desempedrar las calles, proveer de piedras todas las ventanas, y cubrir la ciudad de barricadas. Esta proposicion es adoptada por unanimidad, y se daban ya órdenes para ejecutarla, cuando llega la noticia de las disposiciones pacíficas del rey. Al principio no se les queria dar crédito, en razon de que las casas consistoriales estaban llenas de diputaciones de los pueblos del contorno, que iban á pedir socorro para rechazar á las tropas que trataban sus municipalidades como país conquistado, y se preguntan por qué si el rey quiere la paz, ha provocado la guerra, al extremo de hacerla inevitable. Pero á poco llega de Versalles un diputado que anuncia que, á consecuencia del deseo manifestado por el rey, se ha puesto en marcha una diputacion de la asamblea para tranquilizar á los parisienses, la cual no tardará en llegar. El enviado cuenta el discurso del rey, discurso que ha oido. La duda no es ya posible, el júbilo es universal; y los parisienses, que han fabricado en dos dias cincuenta mil picas, no piensan ya sino en festejar á los mensajeros de la paz que se les anuncia.

Preséntase en fin, la diputacion, compuesta de ciento doce miembros de la asamblea. El presidente Bailly va á su cabeza, llevando al lado al general La Fayette, á quien sus hazañas en América han hecho ya célebre. Acércanse por entre un inmenso gentío hasta la plaza de Grève, donde se ven obligados á apearse; pero en el acto los arrebatan brazos vigorosos, que los llevan en triunfo hasta el salon principal en que están reunidos los electores. Bailly, La Fayette, el abate Sieyès, el conde de Clermon-Tonnerre y el arzobispo de Paris, toman asiento al rededor de la mesa.

La Fayette es el primero que toma la palabra, para hablar del discurso del rey, para afirmar que en todas partes están las tropas en marcha para retirarse, y cada palabra suya es recibida con aplausos y exclamaciones de júbilo. El conde de Lally-Tollendal, hijo del héroe cuyas desgracias hemos contado, pronuncia luego un discurso, que es tambien muy aplaudido; pero habiendo dicho en seguida uno de los diputados que el rey se dignaba perdonar á las guardias francesas, suceden violentos murmullos á los aplausos. Los soldados de aquel cuerpo que están presentes, esclaman que no necesitan perdon, y que sus brazos estarán siempre al servicio de la patria. Otro diputado se apresura á calmar la borrasca, anunciando que el rey aprueba la creacion de la guardia ciudadana, y el arzobispo acaba de hacer olvidar el incidente, proponiendo ir á cantar un *Te Deum* en Nuestra Señora, para dar gracias á Dios de un resultado tan feliz como inesperado.

—Puesto que el rey aprueba la institucion de la guardia ciudadana,—dijo un elector,—hay que nombrarle un general.

Apénas acaba, cuando el nombre de Lafayette resuena en toda la sala: nómbranlo por aclamacion general de la milicia nacional, y presta en el acto el juramento de morir, si fuere necesario, en defensa de la libertad.

Otro elector recuerda que ha quedado Paris sin prevoste de mercaderes, y se resuelve que para reemplazarlo se elegirá un *corregidor*, cuya dignidad se confiere al virtuoso Bailly, tambien por unanimidad. El dia termina con el *Te Deum*. Desde entónces parece consumada la revolucion: una era nueva comienza para los franceses: el rey mismo pasa á Paris dos dias despues para confirmar cuanto se ha hecho, recibe de manos de Bailly la cucarda nacional, que se pone en el sombrero, y en su presencia decretan los electores la ereccion de un monumento en el solar de la Bastilla, para recordar perpetuamente, segun decia á la letra la proposicion, *el contrato de amor y libertad celebrado entre el mas grande de los reyes y el mas generoso de los pueblos*.

La caida de la Bastilla tuvo un eco inmenso, y se puede decir que al caer conmovió al viejo mundo. Celebróse tal acontecimiento en todos los puntos del globo: cantósele en todas las lenguas conocidas: convirtiéronse en reliquias preciosas las piedras de la antigua fortaleza. Hubo escultores que imaginaron grabar Bastillas en miniatura en esas piedras, que se vendieron en número prodigioso. Se hicieron tambien sortijas y collares, en que las propias piedras sustituan á los diamantes, á los rubíes, y que se vendian á precios fabulosos.

La demolicion de la Bastilla habia comenzado, como ya hemos dicho, el dia mismo de la toma de la fortaleza. Pero los trabajos no se habian organizado bien: un sinnúmero de curiosos llenaban los patios y murallas, llevándose todos piedras, fierro, y toda clase de objetos; y era indispensable poner orden en todo esto. El 16 hizo proclamar la junta electoral en todo Paris la orden relativa á la demolicion de la Bastilla, decidiendo ademas el mismo dia que todos los distritos de Paris cooperaran á ella, y que el de Santa Catarina quedara encargado especialmente de la inspeccion de la obra. Lassalle, Soules, Elie, Hullin, Ferrand, La Reyni y Danton se encargan de la administracion de la fortaleza hasta que haya desaparecido enteramente. Confíase su custodia á las guardias francesas y á la ciudadana. Palloy, el albañil, continuó dirigiendo los trabajos bajo la direccion de cuatro arquitectos y con el auxilio de seis inspectores. A la vez cuatro ciudadanos, Dussauls, Champsern, Gomeau y Cailliau, fueron nombrados para el registro de los archivos, y Souberbielle, que se habia portado tan honrosamente el 14 entre los combatientes, fué nombrada médico de los voluntarios de la Bastilla.

Desde entónces los trabajos continuaron con regularidad. No se admitió ya al público en lo interior de la fortaleza sino con permiso de la autoridad municipal; y sin embargo, los visitantes fueron todavia tan numerosos, que el cepillo colocado á la puerta, en que los que entraban contribuían con algo para que se repartiera entre los obreros, contenía al cabo de pocos dias mas de cuarenta mil francos.

El saqueo de los archivos habia ocasionado pérdidas muy lamentables, en razon de que ellos lo eran á la vez de todas las prisiones de Estado, y contenian, ademas de los papeles, registros, diversos objetos y una infinidad de libros em-

bargados. La mayor parte de esos importantes documentos habian sido arrojados al viento, quemados. Se encontraron sin embargo, muchas cosas importantes, entre ellas todos los instrumentos de tortura conocidos.

Tambien se descubrió parte de los registros de entrada. Nada mejor que algunos extractos de ellos, puede dar idea del uso execrable que el rey y sus ministros hacian de las órdenes de prision, como lo comprueba la siguiente lista de presos.

- « Aumont (Pedro), por haber hecho talismanes.
- « Ayedone, como aventurero.
- « Bateau (Magdalena Charlot, viuda de Claudio), acusada de magia.
- « Blondeau, tenido por sospechoso.
- « Bouvier (Juana María), mística é iluminada.
- « Cailleu (Renato), por haber dicho que la monarquia le era insoportable.
- « Conrado de Kocq, por sospechas.
- « Creutzer, por no haber querido hacerse católico.
- « Daubaret (Guillermo Claudio), por palabras indiscretas.
- « Dayrinier (Pedro), por haber hablado mal de los ministros.
- « Esclainvilliers (marquesa de), por una falta desconocida para con su marido.
- « Laidonné, por químico.
- « Palissier (Catarina), por consejos indiscretos.
- « Saint-Angelo (Francisco), por conducta misteriosa.
- « Ténebre de du Marais (Luis Santos), por disfraz.
- « Trouin (Juan), por la trasmutacion de metales."

Júzguese de lo demas por este extracto. ¿Cuándo obró el despotismo mas cínicamente? Cuándo recibieron la vida y la libertad de los ciudadanos ataques mas gratuitos y mas monstruosos á la vez?

Las escalas que habian servido para la evasion de Latude se encontraron tambien y se devolvieron á este ciudadano, que fué en persona á reclamarlas.

Varios escritores, entre otros los autores de la *Bastilla sin velo*, han afirmado é intentado probar que no habia allí ni instrumentos de tortura, ni *vade in pace*. En lo concerniente á los primeros, nada tenemos que agregar al testimonio de Dussaulx, honrado ciudadano que los vió, que los tocó, y es por otra parte notorio que Danouilh sufrió, como ya lo hemos contado, el tormento ordinario y el extraordinario en la cámara del consejo, tres años despues de la abolicion de la tortura por Luis XVI. En cuanto á los *vade in pace*, tal vez los habrian suprimido últimamente; pero indudablemente habian existido, y de una carta del padre José, ministro de las venganzas de Richelieu, á su hermano du Tremblay, gobernador de la Bastilla, resulta que se habian hecho composturas por orden suya en el *cuarto de la última palabra*. Dicha carta, de que no quedan mas que fragmentos, dice:

« A consecuencia de no haber sido visitado á menudo en estos últimos tiem-